LA CRUZ ~~vol. 36~~ (1956)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1956

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

OCT 30 2003

PER BR7 .C78

Cruz.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/lacruz3642miss_3

LAP

LA CRUZ Número 428 Año XXXVI
1º de Junio de 1956

Capilla en los Alpes

EL SACRIFICIO DE JESUS

— III —

NUESTRO Señor era hombre perfecto. Por consiguiente, tenía pasiones como las tenemos nosotros; sólo que con esta diferencia: en nosotros las pasiones se rebelan contra la razón y la voluntad, y ¡cuántas veces predominan y arrastran al hombre a no pocos desórdenes! En Jesucristo, las pasiones estaban perfectamente sujetas a la razón y a la voluntad, como en Adán antes del pecado, y con mayor perfección aún.

Y de vez en cuando, Jesús dejaba que se manifestaran estas pasiones, aunque siempre bajo el control de la razón y de la voluntad.

Así, por ejemplo, vemos que varias veces en su vida estuvo triste.

Indudablemente que el Corazón de Jesús, tan compasivo, se entristecía al contacto de tántas miserias humanas como lo rodeaban, de tántos enfermos, de tántas almas que estaban alejadas de Dios: los publicanos, las pecadoras..., de tántos afligidos por esa serie interminable de males que agobian a la humanidad... Y por eso decía: "*Venid a Mí todos los que sufrís y Yo os consolaré*" (1).

Indudablemente que se llenó de tristeza cuando la muerte de su amigo Lázaro. Esas lágrimas ¿qué otra cosa son, sino la manifestación exterior de su pena, de su tristeza, por la muerte de su amigo?

Y lo mismo podemos decir cuando proféticamente contempló la ruina de Jerusalén, el domingo de Ramos.

¿Y cómo es posible imaginarnos que no haya sufrido una gran tristeza cuando fue preciso alejarse de su Madre Santísima, no sólo cuando, a los 12 años, tuvo que separarse de ella durante tres días; sino sobre todo cuando tuvo que dejarla sola en la casita de Nazareth, para emprender su

vida apostólica, pues sabía que no volverían a estar juntos sino cuando llegara la hora de morir...?

Muchas veces en su vida Jesús estuvo triste, y consagró así nuestras tristezas.

Somos humanos ¡y cuántas veces en nuestra vida nos abate también la tristeza!

La tristeza es una pasión; es la pena ante un mal que no podemos ya evitar, mal inminente o que ya está sobre nosotros. Por ejemplo, cuando vemos que es imposible vencer la enfermedad que nos va a arrebatar a un ser querido, la tristeza invade nuestro corazón.

Cuando estemos tristes, cualquiera que sea el motivo, tengamos la seguridad de que Jesús sabe lo que es estar triste, que ha consagrado ya nuestras tristezas, que ha saboreado su amargura para poderlas consolar, para poderlas compadecer.

Y en esta ocasión no solamente estuvo triste, sino que voluntariamente dio rienda suelta a la tristeza que se desbordó en su alma como un océano en el cual se ahogaba. Por eso dijo: *"Mi alma está triste hasta la muerte"*...; es decir, mi tristeza es mortal, es capaz de hacerme morir...

* * *

Veamos, en primer lugar, cuáles fueron las causas de esa tristeza.

Desde luego, su Pasión.

Es un error muy común pensar que los sufrimientos de la Pasión fueron amortiguados por la Divinidad y que no sufrió como nosotros sufrimos. Jesucristo, decimos, era Dios; entonces, ¡qué poca cosa han de haber significado para un Hombre-Dios los tormentos de la Pasión! ¡Juego de niños! En cambio, nosotros somos puramente hombres, frágiles, miserables, débiles; el dolor nos aplasta, nos tritura, nos hace pedazos...

—No; la Divinidad no disminuyó en nada los sufrimientos de Jesucristo. Para evitar ese error, es necesario tener muy presentes estos tres principios, siempre que meditemos en la Pasión.

El primero es que, por ser Dios, *se aumentaron sus sufrimientos,* porque con una luz clarísima veía de antemano todo lo que iba a sufrir, con todos sus pormenores, y aun en sus más pequeños detalles.

Dios Nuestro Señor tiene compasión de nuestra debili-

dad y de nuestra miseria, y por eso nos oculta lo que tenemos que sufrir.

Si, por ejemplo, uno de nosotros tuviera que morir de un cáncer horrible que lo corroyera poco a poco, y tuviera que soportar dolores verdaderamente terribles, y durante meses la perspectiva de una muerte segura no lo dejara, porque la viera acercarse paso a paso... destruyendo lentamente nuestro organismo... Si supiéramos eso desde que tuvimos uso de razón, ¿no sería nuestra vida como una agonía continuada?

Además, cuando sabemos de antemano lo que tenemos que sufrir, la imaginación de tal manera se aviva y agranda lo que va a suceder, que sufrimos más esperando un mal, que cuando éste viene.

Por ejemplo, si una persona tiene la certeza de que sufrirá una operación dolorosa dentro de algunos días, su imaginación trabaja de tal manera que, cuando la operación llega, los sufrimientos son menores de lo que se había imaginado.

No saber lo que hemos de sufrir es una gran misericordia de Dios, es el fruto de su compasión para nuestra debilidad. Por eso nos oculta el porvenir, por eso nos va dando el sufrimiento poco a poco, en pequeñas dosis, la de cada día, con las fuerzas para sufrir también lo de cada día.

Jesús sufrió todo al mismo tiempo; porque todo lo tenía previsto, porque todo lo veía con absoluta claridad, desde el momento de su Encarnación. Por eso se ofreció a cumplir la voluntad de Dios al entrar a este mundo: "*Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam*" (2). Aquí estoy, Dios mío, para hacer tu voluntad.

Esa voluntad la vio clarísima desde el pesebre de Belén hasta el Calvario, con todos sus detalles, sin que se escapara uno solo.

* * *

El segundo principio es que no solamente la Divinidad le hacía presente todo lo que tenía que sufrir, sino que *ampliaba su capacidad para sufrir;* sin disminuir en nada el dolor, le daba fuerzas para que no sucumbiera, como sucumbimos nosotros.

Nuestra capacidad para gozar, como para sufrir, es limitada; somos como un vaso frágil que, cuando se le llena demasiado, se hace pedazos. Y así también el dolor, cuando

invade nuestro pobre organismo, llega un momento en que de tanto sufrir ya no sufrimos, se embota la sensibilidad, se pierde la conciencia, viene ese desfallecimiento de la naturaleza en que se pierde el conocimiento y muchas veces la vida misma.

Pero Jesús, porque era Dios, tenía fuerzas para seguir sufriendo más, y más, sin límite alguno; porque, si murió, fue porque voluntariamente quiso morir. En El no estaba limitada como en nosotros la capacidad de sufrir.

Así pues, sufrió más que nosotros, porque conocía de antemano lo que tenía que sufrir; sufrió más que nosotros, porque su capacidad para sufrir era más grande; sufrió más que nosotros en fin, porque su sensibilidad como hombre era exquisita.

* * *

Y este es el tercer principio: la sensibilidad extraordinaria de Jesús.

Tomad a un hombre rudo, un campesino, un obrero, comparadlo con una persona de una educación finísima, una jovencita educada en un medio social muy elevado, ¡qué diferencia hay tánto para los sufrimientos morales como para los físicos, en uno y en otro caso!

A una persona grosera y tosca, hasta los grandes insultos la dejan indiferente. Puede, por ejemplo, comer mal y dormir en el suelo, y todo eso no le hace mella. En cambio, una persona sensible, delicada, acostumbrada a otra clase de vida, cualquiera cosa la siente de una manera especial.

Eso nos da una idea de lo que pasó en Jesucristo: era de una sensibilidad extraordinaria, verdaderamente exquisita; y por eso, aun cuando nosotros sufriéramos lo mismo que sufrió Jesucristo —supongámoslo por imposible—, sin embargo, El experimentó una pena incomparablemente mayor en esos mismos sufrimientos que la que hubiéramos experimentado nosotros.

Así es que por todos conceptos sufrió más: el ser Dios y el ser tal hombre como era Jesucristo, todo contribuyó a aumentar los sufrimientos de su Pasión, no a disminuirlos, como algunos se lo imaginan falsamente.

Por eso una de las causas de la tristeza de Jesús fue darse cuenta de todo lo que iba a sufrir en su Pasión. Su pobre sensibilidad se estremecía de antemano sintiendo ya todos los ultrajes que iba a recibir, los azotes, la corona de espinas, la crucifixión, la humillación que le iban a infligir

sus enemigos triunfantes, los insultos, el desprestigio, la humillación en todas sus formas...

Sin duda que esta es una de las grandes causas de la tristeza que afligió al Corazón de Cristo.

Pero es la menor.

* * *

He aquí otra causa.

Tenía tristeza al ver cómo se iban a portar los Apóstoles con El, después que había tenido tántas predilecciones con ellos; de que los había distinguido, no solamente con su elección, sino con gracias especiales; de que los había formado e instruído, durante tres años, con tánta solicitud; de que los había preparado para que fueran los fundamentos de su Iglesia, por consiguiente, las bases sólidas de su obra, que había de perdurar después de su muerte y hasta el fin de los siglos.

Y sin embargo, El veía de antemano cómo se habían de portar: uno, en esos momentos, lo estaba traicionando; otro, dentro de poco lo iba a negar; todos iban a abandonarlo.

¡Cómo no ha de causar tristeza ver que una obra que con tánto trabajo hemos levantado, se viene abajo, que los mismos que debieran ayudarnos, nos vuelven las espaldas!

El restaurador de la Orden benedictina en Francia fue Dom Guéranger. Con grandes trabajos y sacrificios logró reunir un pequeño número para formar la primera comunidad francesa. Pero se encontraban sin medios para vivir. Dejó a su segundo a la cabeza de la comunidad y fue a la capital, a París, a buscar trabajo para poder alimentar a sus religiosos. Como pasa en todas partes, —porque siempre habrá miserias humanas—, mientras él estaba ausente, se reunieron todos y decretaron deponerlo de superior y nombrar a otro. Y así lo hicieron.

Cuando volvió, encontró que ya no era superior, que había otro en su lugar. Aquel hombre, que era en verdad de un temple recio y de una humildad profunda, aceptó la prueba, no protestó, —¡y tenía motivos para hacerlo!— Unicamente les dijo que sólo pedía una gracia: ¡que no lo despidieran...!

Supo el Obispo diocesano lo que había pasado; y vino, desbarató todo lo que habían hecho y volvió a poner

a Dom Guéranger a la cabeza de aquella comunidad, después de haberles llamado enérgicamente la atención sobre el mal que habían cometido.

Cuando se fue y lo despidió Dom Guéranger, le dijo el Obispo —¡Pobre de usted! ¡con qué clase de gente tiene que contar!

Y dicen que desde aquel día, nunca perdió Dom Guéranger un dejo de tristeza y de desengaño, a pesar de que siguió su obra adelante y logró formar una Abadía tan observante y fecunda, que su influjo se ha extendido a todo el mundo.

* * *

Un pequeño ejemplo de lo que debe haber sentido Jesucristo al ver que su obra se venía abajo. ¡Cómo no había de sentir tristeza!

Y no sólo por los Apóstoles, sino por la Santísima Virgen.

Es indudable, —eso está en la conciencia de todo cristiano—, que la Santísima Virgen, por revelación, en espíritu, o como sea, pero asistió a todos los pasos y a todas las etapas de la pasión de Cristo, no sólo en aquellos en que estuvo presente de una manera corporal, como desde el encuentro en la calle de la Amargura en adelante.

Por consiguiente, Ella se dio cuenta de la agonía de Jesús en Gethsemaní. Fue la única en acompañarlo de una manera espiritual.

Pero, al mismo tiempo, ¡cómo no había de sufrir Jesús de ver sufrir a su Santísima Madre! ¡de ver que Ella hubiera deseado estar cerca de El, como una Madre corre al lado de su hijo cuando lo ve enfermo o herido, con mayor razón agonizante, y no poder hacerlo! ¿Qué madre se detiene? ¿qué obstáculo puede oponerse? Todos los vence o, por lo menos, trata de vencerlos, y corre, y vuela hasta su hijo.

Y estas eran las disposiciones de la Santísima Virgen. Pero era otra la voluntad de Dios: era preciso que Jesús sufriera solo, físicamente solo. Pero eso no quita ni el sufrimiento de María ni la tristeza de Jesús de ver sufrir a su Madre.

* * *

Y después sufrió esa tristeza por todos los hombres; empezando por los judíos que se habían de endurecer y siguiendo por todos los hombres que no corresponderían al sacrificio de Jesucristo. ¡Cuánta ingratitud! ¡cuánto desprecio y hasta odio! ¡Cómo se blasfema de Dios!

Recordemos lo que decía Voltaire, —se resiste uno a repetir sus palabras—; su grito de guerra, por decirlo así, que decía a toda hora, sobre todo a sus discípulos, era éste: —*¡Aplastemos al infame!* ¡Y pensar que se trataba de Jesucristo!...

* * *

He ahí, pues, brevemente explicada la tristeza de Jesús en la agonía de Gethsemaní. Palpaba la inutilidad de su sacrificio: ¡tánto sufrir para conseguir tan poco!

Después de 20 siglos de cristianismo, después de 20 siglos que hace que Jesucristo derramó su sangre por nosotros y agonizó en Gethsemaní, ¿no era de esperar que todo el mundo adorara y creyera en Jesucristo y sirviera a Dios? Y no es así.

La población actual del mundo es más o menos de 2,000 millones. De ellos, 400 y tantos apenas son católicos. Los demás están fuera de la Iglesia. Pero sobre todo, esa gran mayoría de infieles más de mil millones, ni siquiera lo conocen.

Y de esos 400 y tantos millones de católicos, ¿cuántos viven en gracia? Una verdadera minoría. Cuántos que no son cristianos más que porque recibieron el bautismo, que viven alejados de Dios, que hacen su Primera Comunión y la última al morir, si acaso. Otros que no se han acercado ni se acercarán nunca a los Sacramentos; se preocupan de los negocios, del dinero, de ganarse la vida, del placer, de la satisfacción de sus pasiones, de todo, menos de Dios y de su alma...

Vayamos a las calles de nuestras grandes ciudades y veamos esas multitudes que van por todas partes con esa agitación febril, como se ve, por ejemplo, en México; ¿quién piensa en Dios? ¿quién piensa en su alma?

Y de esa minoría de los que viven en gracia, de los que comulgan diariamente, ¿quién de verdad le sirve a Dios y corresponde plenamente a las gracias que ha recibido?

Y todavía, dentro de esa minoría, las almas consagradas, nuestros sacerdotes, nuestras religiosas, si por lo me-

nos nosotros, que somos un pequeñísimo grupo, semejante a aquél que acompañaba a Jesús cerca de la Cruz bendita en el Calvario, ¡si por lo menos nosotros fuéramos lo que debiéramos ser! Pero quizá no lo somos...

Y cuando nos damos cuenta de tántas miserias que hay en todas partes, —¿por qué no decirlo?—, aun entre las almas consagradas, se siente uno movido a decirle a Nuestro Señor: —¡Pobre de Ti! ¡con qué gente cuentas!

Cuánta razón tuvo cuando se quejó con Santa Margarita María y, mostrándole su Corazón, le decía: —"Mira el Corazón que tánto ha amado a los hombres y que en cambio no recibe de ellos sino ingratitud y desamor, sobre todo de las almas que me están consagradas... ¡Amame tú siquiera!" ¡Cuánta, cuánta amargura se encierra en ese "¡SIQUIERA TU...!"

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

(1) Mat., 11 28.—(2) Hbr., 10, 9.

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Director: J. G. TREVIÑO

Apartado postal 1580. Oficinas: Ciprés, 59

Teléfono: 16-03-85 México 4, D. F.

SUSCRIPCION: Por un año $ 8.00. — Número suelto, $ 0.80.

En el Extranjero, Dllr. 1.00.

● A los agentes, descuentos especiales. ● La persona que coloque 10 suscripciones, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

T U M I S A

VA a comenzar la parte principal de la Santa Misa: *el Canon.*

Es el momento de la oración universal. Pide por el Papa que tiene tan grandes responsabilidades. Pide por la unidad y la paz de la Iglesia; por tu Obispo, por los sacerdotes, en especial por el que tienes ante tus ojos.

En recompensa, en todas las partes del globo, miles y miles de sacerdotes oran por tí en sus Misas al poner ante Dios *"a todos los que profesan la misma fe verdadera..."*

Necesitan entonces un corazón vasto como el mundo; un corazón que vibre al unísono de los infortunios universales; pide por los enemigos, por los que no quieres, por los que no conoces.

¡Ah!, sin embargo, tienes el derecho dulcísimo de hacer una oración íntima, de pedir por tus padres y por todos los que llevas en el corazón y son en cierto modo, después de Dios, la vida de tu vida.

Pero, sobre todo, existen dos intenciones que jamás debes olvidar:

a) TU MISMO: ¿qué vas a pedir para tí? ¿Lo has pensado? ¿Has reflexionado en esta parte de tu Misa antes de venir a ella? Pídele sobre todo que te llene el alma de El y que siempre seas fiel en cumplir su voluntad santísima.

b) LOS QUE ESTAN BAJO TU INFLUENCIA: es decir, todas las almas cuyo valor humano y divino depende de tu ejemplo, de la acción de tus palabras, del poder de tus oraciones, poder que se agiganta cuando vives cerca de la fuente de toda santidad.

Presencia Real

La CONSAGRACION se acerca. Una vez más el Sacer-

dote repetirá la escena del Cenáculo y el Misterio volverá a revivir, o mejor dicho, volverá a presentarse a los ojos de la fe, puesto que lo que no está muerto no necesita volver a la vida, porque ya la posee.

Te encuentras en *"el centro de la Misa"*; en el momento supremo del Sacrificio; en el instante de la oblación de Cristo a su divino Padre.

Jesús vuelve a ofrecer su Carne y su Sangre, su Pasión toda entera. No sufrirá de nuevo, pero ofrecerá sus sufrimientos como rescate por los pecadores; por tí que asistes y eres parte del drama.

¡Renueva tu fe! En esa Hostia blanca está el Redentor y tú has colaborado para que esa presencia se realice.

¡Qué felicidad y qué consecuencias una vez que salgas de la iglesia a tu vida ordinaria!

Después de esto, ¿no quieres ya más CONSAGRAR, es decir, transformar tu vida humana en vida sobrenatural? ¿lo mezquino, lo inferior en celestial y divino?

No olvides que, si Dios está, de manera real y misteriosa, presente en el pan, también lo está en tu alma por la gracia. Deseúbrelo en ti, y llévalo en ti, y entrégalo a los demás por medio de tus palabras y de tu ejemplo.

Mientras Jesús está presente en el altar, el Sacerdote hará muchas veces la señal de la cruz, recordando el instrumento del suplicio redentor, y hará muchas genuflexiones para manifestar su fe y su amor.

Pon atención; esos breves momentos son de infinito significado. Jesús ora ardientemente a su Padre; une tu oración a la suya; repite tu ofrecimiento para que en ti se realicen las palabras del Canon y el Padre encuentre también en ti su gloria y su honor.

Los que ya partieron

El Sacerdote poco después de la Consagración ora por los que han muerto.

También tú acuérdate de tus difuntos y de todos los que mueren a cada instante y en cada rincón del mundo.

Roberto González Colunga, M.Sp.S.

La Vida en el Interior del Corazón de Jesús

Cómo se vive en Èl

(Concluye)

PARA que podamos tener el conocimiento y el amor necesarios para entrar en el Corazón de Jesús, debe haber entre Él y nosotros cierto principio, cierta base de unidad.

¿Por qué los hombres nos podemos comunicar los unos con los otros? ¿por qué puedo penetrar en otro corazón y otra persona puede penetrar en el mío? —Es porque tenemos la misma naturaleza, es porque el corazón humano en el fondo es el mismo, y para conocer yo otros corazones no necesito más que entrar en mi propio corazón.

Todo lo que sienten otros corazones encuentra eco en el mío.

De un famoso dramaturgo francés que forjaba tipos admirables de perversidad, se dice que le preguntaron alguna vez: "¿En dónde estudió Ud. esos tipos tan admirablemente pintados, esos criminales, esos hombres perversos?" Y contestó: —"*En mi propio corazón*".

Y realmente, lo malo y lo bueno, lo estudiamos en nuestro propio corazón, aquí tenemos los gérmenes de todo lo humano; y lo que no llevamos en nuestro corazón no hay palabras que nos lo puedan expresar; lo que no hemos sentido o lo que no tenemos en germen en nuestro corazón no lo entenderemos jamás, no lo podremos comprender; todo lo que nos dijeran a ese respecto sería como si nos hablaran en un idioma desconocido y extraño. Si nos entendemos, si podemos comunicarnos unos con otros, es porque tenemos unidad de naturaleza.

De la misma manera, para que nos podamos comunicar con Dios, para que pueda haber entre Él y nosotros unidad

de pensamiento y unidad de amor, es enteramente indispensable que haya entre Él y nosotros algo común. Tenemos sin duda la comunidad de nuestra naturaleza, puesto que Él es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, puesto que el Verbo de Dios se dignó, por amor nuestro, unirse hipostáticamente con la naturaleza humana.

* * *

Pero no es eso lo único que tenemos de común con Nuestro Señor: Él se hizo hombre para hacernos semejantes a Dios y nos comunicó una participación de su naturaleza divina, que es la gracia. De manera que por la gracia somos de la familia de Dios, "*ipsius enim et genus sumus*" (1), somos de su misma prosapia. Por eso lo entendemos y nos entiende, hay entre nosotros algo común, tenemos una unidad inefable; la gracia de Dios hace posible nuestra comunicación con Jesús, nuestra comunicación con Dios.

Recordemos un pasaje de la Santa Escritura. Les decía Nuestro Señor: "*El que es Dios escucha la palabra de Dios. Por eso vosotros no escucháis la palabra de Dios, porque no sois de Dios*". Lo que quiere decir que, para que se escuche nuestra palabra, para que haya comunicación entre las almas, es necesario que en el alma que nos escucha haya algo que corresponda a nuestra alma. Sólo así encuentra eco lo que hablamos.

Imaginémonos por ejemplo, que estos artículos fueran dirigidos a gente ignorante, mundana, de malas costumbres, como a los soldados de un cuartel: ¿entenderían? — Ni una palabra. ¿Por qué? Porque en ésos no hay lo que hay en las almas piadosas y, por consiguiente, mis palabras no encontrarían eco allí; necesitaría hablarles a los soldados de otro modo; y, si les hablara de otro modo, sí encontraría mi palabra eco en su corazón.

Para que dos almas se entiendan es necesario que en la una haya algo que corresponda a la otra. Para que nos podamos comunicar con Jesús y Jesús con nosotros, es necesario no solamente que haya entre los dos la unidad de la naturaleza humana que Jesús posee, sino que tengamos también la participación de la naturaleza divina, que es la gracia. Con esa unidad nos podemos entender.

Y la manera de entendernos y comunicarnos, vuelvo a repetirlo, es por el conocimiento y por el amor.

Entrar en el Corazón de Jesús es iniciar esta comunión de luz y de amor. Vivir en el Corazón de Jesús es continuar en esta dulce intimidad con Él. Llegar hasta las profundidades del Corazón de Jesús es ahondar, ahondar más y más en los misterios de su amor y de su dolor, es conocer, como dice San Pablo, la latitud, la longitud, la sublimidad y la profundidad del misterio de Jesús.

* * *

Pero claro está que para ponernos en este contacto íntimo con Jesús no bastan las luces de nuestra inteligencia ni el amor natural de nuestro corazón. Esta luz y este amor están en otro plano. Necesitamos una luz superior y un amor nuevo.

¡Cuántas veces en el Antiguo Testamento hace Dios la promesa de que creará en los hombres un corazón nuevo! "*Yo os quitaré,* —dice por medio de un profeta—, *Yo os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Auferam cor lapideum de carne vestra et dabo vobis cor carneum* (2)". Y David, en el "*Miserere*", pide a Dios que crea en él un corazón nuevo: "*cor meum crea en me Deus* (3)" ¡Cuántas veces encontramos en la Escritura la expresión de un corazón nuevo que los hombres piden o que Dios les promete!

Nuevos ojos y nuevo corazón se necesitan para podernos comunicar con Dios, para podernos comunicar con Jesús. Y en su misericordia, Nuestro Señor nos ha dado estos ojos iluminados del corazón, de que habla el Apóstol San Pablo, y nos ha dado este corazón nuevo que estaba prometido en las Escrituras.

Lo comprendemos, los ojos nuevos son la fe, el corazón nuevo es la caridad. Se puede decir, que por la fe y por la caridad es por lo que penetramos en el Corazón divino de Jesús. Pudiéramos decir que por las virtudes teologales, porque estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad, son las únicas que nos ponen en contacto inmediato con Dios.

* * *

Creo que deben reivindicarse los derechos de las virtudes teologales porque me parece que aun las personas

piadosas les hacen poco caso, sobre todo a la fe, y todavía más especialmente, a la esperanza. Por el afán de ser prácticos, muchas veces los hombres se preocupan más de esas virtudes que parecen más prácticas: la mortificación, la pobreza, la humildad, virtudes importantísimas, indispensables, pero que tienen su lugar. Y muchas veces se les da tanta importancia a esas virtudes, que se olvidan las otras, las superiores, las divinas. Sin duda alguna que ejercitarlas es sumamente práctico, ¡cómo no ha de ser práctica la fe, y la esperanza, y la caridad!

Y son las virtudes superiores; son más excelentes que los mismos Dones del Espíritu Santo; ninguna virtud, ni los mismos Dones del Espíritu Santo, nos hacen tocar a Dios, sino solamente las virtudes teologales; son las que tienen por objeto a Dios, por eso se les llama teologales, por eso se les llama divinas, porque con ellas nos ponemos en contacto con Dios.

Todas las virtudes tienen por objeto algo creado. Hasta las virtudes de la religión y de la piedad tienen por objeto algo creado: el culto de Dios, algo relacionado con Dios, pero que no es Dios mismo. Las únicas virtudes que tocan a Dios son las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad.

Por consiguiente, para ponernos en contacto con Jesús, para entrar en su Corazón, sirven muchísimo como preparación, como ayuda, las demás virtudes, pero las que nos introducen en esa morada celestial son la fe, la esperanza y la caridad, las virtudes teologales.

Por eso decía, para entrar en un corazón, no hay más que el conocimiento y el amor, y el conocimiento sobrenatural aquí en la tierra es el conocimiento de la fe, y el amor sobrenatural y perfecto aquí en la tierra es la caridad, y la esperanza viene como a completar lo que le falta a la fe y a la caridad por las condiciones del destierro.

Por más que la fe nos ponga en contacto íntimo con Dios, por más que la caridad nos lo haga poseer, forzosamente nos falta algo en la divina posesión mientras duramos en el destierro, y por eso la esperanza viene a completar en cierta manera lo que nos falta, a derramar en nuestro corazón el consuelo, la seguridad de llegar a poseerlo, mientras llega el gozo y la posesión de la Patria.

Por consiguiente, para entrar en el Corazón divino de Jesús, necesitamos las virtudes teologales, especialmente la fe y la caridad.

Iremos estudiando una por una estas virtudes y viendo de qué manera, ejercitando estas virtudes divinas, vamos penetrando en el interior del Corazón de Jesús.

* * *

Pero antes de hacer este análisis, —que con la gracia de Dios será lo más cuidadosamente posible—, quiero llamar la atención sobre este punto: que las virtudes teologales son muy propias del espíritu de la Cruz. Seguramente que estamos enamorados de la mortificación, de la pureza, de la obediencia, etc.; y con razón, porque forman parte de nuestro espíritu. Pero no olvidemos que las virtudes teologales son de la esencia misma del espíritu de la Cruz, tanto que sin ellas no podemos cumplir nuestra misión propia ni llenar los designios de Dios.

Por ejemplo: ¿vamos a hacer la adoración al Santísimo nada más con mortificación y pureza? En las adoraciones tenemos forzosamente que ponernos en contacto con Nuestro Señor. Y ¿qué virtudes son las que van a ponernos en contacto con Él, sino las teologales?

Tenemos también que consolar al Corazón de Jesús; pero ¿cómo podemos consolarlo, si no hay entre nosotros y Él una relación íntima y amorosa? Como decía antes, el consuelo es algo íntimo, y para consolar al Corazón de Jesús es necesario que Él viva en nuestro corazón y nosotros en el suyo.

Me parece que es muy difícil consolar a una persona cuyo idioma desconocemos, porque consolar a señas no sería cosa fácil. Sin duda que los amigos de Job lo consolaron permaneciendo a su lado siete días en silencio; pero aquel silencio fue más elocuente que todas las palabras que pudieran haberle dicho. Nuestra misma fisonomía, la expresión de nuestro rostro puede manifestar nuestros sentimientos íntimos. Pero nadie puede negar que para consolar a una persona es mucho mejor que nos podamos entender con ella, para que pueda derramar su corazón en nuestro corazón.

De la misma manera, para que podamos consolar al Corazón de Jesús, necesitamos comprenderlo, penetrar y vivir en ese Corazón divino; y esto no se puede hacer sin las virtudes teologales.

Son pues interesantísimas estas virtudes y es preciso apreciarlas en lo que valen y aplicarnos a cultivarlas.

Claro está que cuando digo que no hay que descuidar las virtudes teologales por otras que suelen llamarse más prácticas, no quiero decir que hay que desdeñar éstas por aquéllas, sino que, como dijo Nuestro Señor: "*Conviene hacer esto y no omitir lo otro*". Ciertamente que la mortificación, la humildad, la pobreza, la castidad, etc., son virtudes interesantísimas, y que no debemos descuidar, pero menos debemos descuidar sino apreciar más las otras virtudes, las que son verdaderamente divinas, las únicas que nos ponen en contacto íntimo con Dios y que hacen posible el consuelo que Jesús espera de nosotros.

En buena hora luchemos por destruir al hombre viejo, la triste herencia de Adán; pero es preciso que surja en nosotros el hombre nuevo, con ojos de luz, con corazón celestial. Es necesario que nos desprendamos de todas las cosas de este mundo para elevarnos, para llegar a las alturas y penetrar en el Corazón de Jesús.

Por eso, sin descuidar las otras virtudes que son muy importantes en la vida espiritual, no puedo menos que recomendar, para cumplir nuestra misión propia y llegar a la perfección, que tratemos de apreciar, de practicar y desarrollar cada vez más en nuestras almas, las virtudes teologales.

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo Primado de México

☆☆☆

(1) Act. XVII, 28.—(2) Ezech., XXXVI, 26.—(3) Ps. C, 12.

A V I S O

Agotados los números de enero a mayo, las suscripciones se servirán a partir del mes en que se pidan.

Sor Isabel de la Trinidad

PAGINAS INEDITAS

BAJO EL SAYAL DE CARMELITA

EL 21 de agosto de 1901 Isabel Catez franqueaba la puerta de la clausura del Carmelo de Dijon.

Sin esfuerzo entró en esta vida de soledad y de silencio que para su alma fue una dicha inenarrable. Le encantaba todo, desde el lavadero hasta la capilla. En todas partes encontraba a Dios. Con una espontaneidad exquisita, nos refiere sus primeras impresiones. Pronto llegaron las pruebas íntimas y purificadoras; pero bajo su sayal de carmelita no persiguió sino un solo ideal vivir en el centro de su alma, en la intimidad de su Dios, identificarse con Cristo.

21.—*"Antes de entrar al Carmelo".*

"Antes de entrar al Carmelo quiero enviarte un último saludo. Estas cuantas líneas te dirán que, tras las rejas de la clausura, tendrás un corazón que te guardará siempre un recuerdo fiel. Vamos a comulgar en la misa de las 8 y después, cuando Él esté ya en mi corazón, mamá me conducirá a la puerta de la clausura... ¡Amo a mi madre como nunca la había amado hasta ahora! En el momento de consumar el sacrificio que me va a separar de esas dos criaturas amadas (1) que Él me escogió tan buenas, ¡si vieras qué paz inunda mi alma! Es como si ya no estuviera en la tierra... Siento que soy toda suya, que nada me reservo y que me arrojo en sus brazos como un niño pequeñito.

¡Adiós, te las confío y guardaré para Ti lo mejor de mi corazón!"

22.—*Cuestionario.*

—"¿Cuál es según Ud. el ideal de la santidad?

—Vivir de amor.

—¿Cuál es el medio más rápido para realizarlo?

—Hacerme muy pequeña y entregarme sin reservas.

—¿Cuál es el santo que prefiere?

—El "*Discípulo amado*" que descansó sobre el corazón de su Maestro.

—¿Cuál es el punto de la regla que prefiere?

—El silencio.

—¿Cuál es el rasgo dominante de su carácter?

—La sensibilidad.

—¿Cuál es la virtud que prefiere?

—La pureza. "Bienaventurados los corazones puros porque verán a Dios".

—¿Qué defecto le inspira más aversión?

—El egoísmo en general.

—Dénos una definición de la oración.

—La unión "*de la que no es con Él que es*".

—¿Qué libro prefiere?

—El alma de Cristo me entrega todos los secretos del Padre que está en los cielos.

—¿Tiene grandes deseos del cielo?

—A veces sufro nostalgia de él; pero, con excepción de la visión, lo poseo en lo más íntimo de mi alma.

—¿Qué disposiciones quiere tener a la hora de la muerte?

—Querría morir amándolo y caer así en los brazos del que amo.

—¿Qué género de martirio le complacería más?

—Los amo todos, sobre todo el del amor.

—¿Qué nombre querría tener en el cielo?

—Voluntad de Dios.

—¿Cuál es su divisa?

—Dios en mí y yo en Él (2)".

23.—*"Los horizontes del Carmelo".*

"Goza mucho en ese hermoso país, porque la naturaleza nos lleva a Dios. ¡Me gustaban tanto esas montañas que me hablaban de Él! Pero, mira: los horizontes del Carmelo

son todavía más hermosos, ¡es el infinito! En Dios tengo todos los valles, todos los lagos, todos los panoramas. Cada día dale gracias por mí. Mi parte es demasiado hermosa y mi corazón se deshace de gratitud y de amor''.

24.—*"Encuentro a Dios tanto en el lavadero como en la oración".*

''Puesto que te gusta que te cuente muchas cosas, aquí tienes algo muy interesante: hemos tenido que ir al lavadero. Para esta circunstancias me puse mi gorro de noche, me *''enfaldé* (3)'' mi traje oscuro, me puse encima un gran delantal y, para completar el atavío, unos suecos.

Bajé así a la lavandería donde cada una restregaba la ropa cuanto podía y traté de hacer como las demás. Chapoteaba y me salpicaba toda, pero esto no vale la pena: ¡estaba encantada!

Todo es delicioso en el Carmelo: encontramos a Dios en el lavadero como en la oración. Sólo Él en todas partes. Lo vivimos, lo respiramos. ¡Si supieras qué feliz soy y cómo mi horizonte se ensancha cada día!

Hoy hace cuatro semanas que las dejé y nunca las he amado tánto. Gracias una vez más a mi querida mamá por haberme dado a Dios. Gracias a mi hermanita por su generosidad. No olvido lo que ha hecho, pero *''Él''* sobre todo lo sabe. ¡Oh! ¡qué Él les dé todo lo que a mí me da, que las tome y las haga todas suyas!

Mi salud es siempre excelente. Creo que ahora ya no me podrían llenar, es tanto lo que como. Duermo desde que pongo la cabeza sobre la almohada. En estos días, es como a las 10 de la noche, porque nuestra R.M. me permite que vaya a Maitines. Solamente la noche en que lavamos la ropa, *''mi angel* (4)'' me ha hecho dormirme antes. Me recuesto, pues, sobre nuestro lecho sin temor de descomponerlo (una ventaja del jergón) y duermo una buena media hora antes de bajar al coro para Maitines. A esa hora en que Nuestro Señor está tan solo ¡qué bien se siente unirnos al cielo para cantar sus alabanzas! Parece entonces que el cielo y la tierra no forman sino una sola cosa y no cantan sino un mismo cántico''.

25.—*"Si pudieras leer en mi alma".*

"El domingo, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, pensé que era un poco tu fiesta, mi querida mamacita, y por eso ¡con qué fervor he orado por ti! Lo sentiste, ¿no es verdad? Puse toda mi alma en la de la Madre de los Dolores y le pedí que te consolara. Tenemos en el fondo del claustro una estatua de Mater Dolorosa a la que tengo mucha devoción. Todas las tardes le voy a hablar de ti. ¡Amo tánto esas lágrimas de la Virgen y las uno a las que mi pobre mamá derrama pensando en su Isabel! Si pudieras leer en mi alma, verías toda la dicha de que gozo en el Carmelo, ¡es una dicha tan profunda y que cada día comprendo mejor, dicha que sólo Dios conoce! ¡Ah! ¡qué hermosa herencia le ha tocado a su pobre pequeñita! Si un instante pudieras ver todo esto, te verías obligada a regocijarte, puesto que necesité de tu *fiat* para entrar en este rinconcito de cielo. Gracias una vez más por haberlo pronunciado tan valerosamente. ¡Si supieras cuanto te ama Nuestro Señor y cómo tu hija te quiere más que nunca!..."

26.—*"La vida de la carmelita es el silencio".*

"En ocasión de las elecciones tenemos permiso de hacernos pequeñas visitas unas a otras durante el día. Pero la vida de una carmelita es el silencio, por eso lo amo sobre todo. El martes tendremos la fiesta de Santa Teresa y desde ahora ya me regocijo. El Santísimo Sacramento estará expuesto en el coro. Ese día, podré quedarme allí todo el tiempo que quiera, ¡ya te imaginas si usaré de ese permiso! Estarán allí conmigo mis seres queridos, ¡me gusta tánto hablar de Uds. con Nuestro Señor! Allí, cerca de Él, las vuelvo a encontrar, porque para las almas no hay separación. ¡Las amo! ¡nunca lo había sentido tánto!"

27.—*"A mi Maestro lo veo por todas partes".*

"Cada día estoy más convencida que las rejas no nos han separado y que las almas tan unidas, cuyo lazo de unión y lugar de cita es Dios saben siempre donde encontrarse. ¿No sientes mi alma en esa querida iglesita don-

de mañana y tarde me gustaba tanto venir a orar a tu lado? ¿Recuerdas también nuestros paseos entre las frondas, a la luz de la luna, cuando escuchábamos el hermoso repique de las campanas? ¡Qué hermoso estaba ese valle a la luz de las estrellas, esa inmensidad, ese infinito! Todo eso me hablaba de Dios. ¡Nunca olvidaré esas vacaciones pasadas cerca de ti! Lo sientes, ¿verdad? En cuanto a mí, encontré mi cielo sobre la tierra en mi querida soledad del Carmelo donde estoy sola con Dios Solo. Todo lo hago con Él y por eso a todo voy con gozo divino ya sea que barra o que trabaje, ya sea que haga oración, todo lo encuentro bueno y delicioso, pues ¡a todas partes voy con mi Maestro!''

28.—*"Amo, entre todas, las horas de gran silencio".*

''¡Qué bueno es Dios! No encuentro expresiones para manifestarte mi dicha, porque cada día la aprecio más. Aquí no hay nada más que Él, Él es todo, Él nos basta y de Él solo vivimos. Amo, entre todas, las horas de gran silencio, durante unas de ella te escribo; figúrate a tu Isabel en su celdita que le es tan querida; es nuestro santuario, nada que no sea para *''Él''* y para mí. ¡Ya te figuras las buenas horas que paso en mi celda con mi Amado! Todos los domingos tenemos al Santísimo expuesto en el oratorio, y cuando abro la puerta y contemplo al Prisionero divino que me ha hecho prisionera en este Carmelo, ¡me parece como si abriera la puerta del cielo! Entonces coloco ante mi Jesús a todos los que están en mi corazón y ahí cerca de Él los vuelvo a encontrar. Ya ves con qué frecuencia pienso en ti; pero sé que tampoco tú me olvidas; que todas las mañanas, al ofrecer el santo sacrificio, tienes un recuerdo para tu pequeña carmelita que te confió su secreto hace ya *mucho tiempo.* No me lamento de ese año de espera, porque mi dicha es tan grande, que era necesario comprarla a buen precio. ¡Qué bueno es Dios!...''

29.—*"¡Amo tánto a mi Cristo!".*

''Será pues el día 8, en esa hermosa fiesta de su In-

maculada Concepción, María va a revestirme con su amada librea del Carmelo. Voy a prepararme para esa hermosa fecha de mis desposorios con un retiro de tres días. ¡Cuando pienso en esta dicha, ya no me siento en la tierra! Ruega mucho por tu carmelita para que totalmente se dé, se entregue y regocije al Corazón del Maestro. Quisiera darle el domingo algo que valiera la pena, ¡porque amo tánto a mi Cristo!''

30.—*"Vivo en el cielo puesto que lo llevo en mí".*

''¡Si supieras qué hermoso es pasar en el Carmelo una Cuaresma, una Semana Santa, un día de Pascua! ¡Es algo único! ¡Con qué gozo canté el alleluia envuelta en la capa blanca, revestida con estas queridas libreas que deseé tánto!... Amo cada vez más estas queridas rejas que me hacen prisionera de amor. Es tan bueno pensar que somos prisioneras encadenadas a Él; más que eso, no somos con Él sino una sola víctima, ofrecida al Padre por las almas para que todos seamos *''consumados en la Unidad''*.

Cuando pienses en tu carmelita, agradece que le haya tocado una herencia tan hermosa. A veces pienso que es un cielo anticipado; el horizonte tan hermoso ¡es Él! ¿Qué será allá arriba, puesto que desde aquí abajo nos une tan íntimamente? Conoces mi nostalgia del cielo; no ha disminuido; pero ya vivo en ese cielo puesto que lo llevo en mí''.

31.—*"Mis ocupaciones en el Carmelo, amar y orar".*

''¿Me preguntas cuáles son mis ocupaciones en el Carmelo? Podría responderte que para la carmelita no hay sino *''amar, orar''*; pero como, sin dejar de vivir ya en el cielo, todavía tiene un cuerpo sobre la tierra, debe, al mismo tiempo que se entrega al amor, ocuparse en hacer la voluntad de Aquel que ha hecho primeramente todas estas cosas para darnos ejemplo.

Comenzamos nuestro día con una hora de oración, a las 5 de la mañana. En seguida, pasamos otra hora en el coro para salmodiar el Oficio divino; después la Misa. A

las 2, tenemos las vísperas; a las 5, oración hasta las 6. A las 8 menos cuarto Completas; en seguida, hasta Maitines, que se dicen a las 9, oramos; y sólo como a las 11 dejamos el coro para tomar nuestro descanso. Durante el día, tenemos dos horas de recreación; todo el resto del tiempo es silencio. Cuando no tengo que barrer, trabajo en nuestra celdita. Un jergón, una silla pequeña, un pupitre sobre una tabla, tal es su mobiliario; pero está llena de Dios y ¡qué buenas horas se pasan allí, sola con el Esposo! Para mí la celda es algo sagrado, en su santuario íntimo, sólo para Él y su pequeña esposa. ¡Nos sentimos tan bien "*solos los dos*"!... Guardo silencio y lo escucho... ¡es tan bueno escucharlo! Y después, lo amo, al mismo tiempo que entra y sale la aguja, trabajando en este querido sayal que tanto he deseado revestir".

32.—*"Ésta fiesta de los Tres es muy mía".*

"Para mí no hay otra semejante. Es una fiesta de silencio y de adoración. Nunca había comprendido tan bien el misterio y toda la vocación que encierra mi nombre. Te he entregado a los Tres. Sí, en este gran misterio es donde te doy cita para que sea nuestro centro y nuestra morada.

Te dejo con este pensamiento del P. Vallée para que lo medites: "*Que el Espíritu Santo nos lleve al Verbo; que el Verbo nos conduzca al Padre; y que seamos consumados en el UNO, como se realizó en Cristo y en los santos*".

M.M. PHILIPON, O.P.
(Versión y notas de *J. G. Treviño*).

(1) Su madre y su hermana.—(2) Este cuestionario que Sor Isabel contestó en una forma recreativa, 8 días después de su ingreso al Carmelo, nos descubre su alma en el punto de partida de su vida religiosa.—(3) "Enfaldar" es recoger el hábito durante los trabajos manuales para que no se ensucie.—(4) Se llama "ángel" a la novicia antigua a la cual se le confía la postulante recién entrada para indicarle lo que debe hacer.

MONSEÑOR MARTINEZ

MUCHO se ha escrito sobre Monseñor Martínez y mucho más se escribirá, a medida que el tiempo vaya depurando y sublimando su figura colosal.

Su personalidad tiene muy variados aspectos, es como un diamante de múltiples facetas; y así puede estudiarse al filósofo, al teólogo, al maestro, al educador, al superior, al sociólogo, al orador sagrado, al escritor, al poeta, al director de almas, al humorista, etc., etc.

Pero quizá hay un aspecto que se ha quedado en la sombra hasta ahora, a pesar de ser el más importante: es el hombre interior, es su vida espiritual, son sus relaciones íntimas con Dios; en una palabra, es el místico.

Y místico, no en el sentido que suelen darle los profanos —éstos a cualquiera exaltación religiosa le llaman "Mística"— sino en su sentido genuino y teológico.

Ni tampoco místico especulativo, como hay tantos que escriben de lo que han estudiado en los autores o comprobado en otras almas; sino místico experimental, que habla y escribe de lo que personalmente le ha acontecido, al estilo de Sta. Teresa, o mejor, de S. Juan de la Cruz.

La presente semblanza de Mons. Martínez trata de estudiarlo desde este punto de vista.

Pero como la gracia no destruye la naturaleza sino que en ella se injerta, no podremos estudiar al *"hombre de Dios"* sin estudiar al *"hombre"* tal cual, es decir, su temperamento, su carácter, su psicología, sus atavismos, el medio que influyó en su formación, etc., etc.

Por eso haremos un resumen de su vida, reduciéndonos a lo que conduzca de alguna manera a nuestro objeto.

Advertimos que, tratándose de materia tan delicada, haremos hablar a Mons. Martínez con sus propias palabras,

siempre que sea posible, y nos limitaremos a dar las explicaciones y a hacer los comentarios atingentes.

Por lo demás, si este trabajo tiene algún mérito, se debe a los escritos inéditos de Monseñor y a que hablamos de lo que fuimos testigos presenciales.

Por eso, que se nos perdone que hablemos con frecuencia en primera persona, no es una necia fatuidad, sino únicamente el deseo de dar a la narración mayor interés y apoyo. No es lo mismo decir *"refieren que..."* a decir: *"lo vi, lo presencié yo mismo"*. 52 años de trato íntimo con Mons. esperamos que dé algún valor a nuestras afirmaciones.

¡Ojalá que Dios nos dé fuerzas para terminar este trabajo! ¡será el homenaje postrero y la mínima prueba de la gratitud que guardaremos para siempre en nuestro corazón para el que fue algo tan querido como no puede expresarse en el lenguaje humano...!

* * *

—I—

Recostada sobre los acantilados del mar cantábrico, Ballota esconde sus casitas entre sus huertos de manzanos. Todo el paisaje es una gama de vivos colores: el azul del cielo siempre límpido; el cobalto del mar, el verde oscuro de sus manzanos, el rojo vivo de sus frutos, el verde seco de los olivos, el verde tierno de las praderas. Y de día y de noche, no deja de escucharse el estruendo de las olas que van a estrellarse en los acantilados y, vencidas, retroceden coronadas con una gasa de blanquísima espuma.

Entre las casitas de Ballota hay una de dos pisos, con su escalera al exterior, sin cercado alguno, porque toda la aldea es como una gran familia. Es la casa de la familia Martínez.

Uno de sus miembros, Rosendo, muy joven todavía, sueña en venir a América. ¿Será el espíritu conquistador recibido en herencia de los vasallos de Isabel la Católica y de Felipe II? ¿Será el anhelo de superación que hace que sientan asfixiarse entre los límites estrechos de una pequeña aldea? Sea lo que fuere, es el caso que con frecuencia los españoles emigran a América, en especial a México, no como aventureros ni de paso, sino para establecerse aquí, con un trabajo honrado hacer una fortuna, unirse con fre-

cuencia con una mujer mexicana y fundar así un hogar mexicano y una familia criolla.

Así pasó con el joven Rosendo. Vio realizados sus sueños y vino a México. Se dedicó al comercio y a la agricultura y, a fuerza de trabajo y honradez, llegó a ser administrador de la rica hacienda (1) de Molinos de Caballero, estratégicamente colocada en los límites de tres estados: Michoacán, México y Querétaro, pero que pertenece oficialmente al estado de Michoacán, a la Arquidióecesis de Morelia y a la parroquia de Tlalpujahua.

Rosendo en plena juventud, de apuesta presencia, con una posición holgada, hubiera podido descarriarse; fue todo lo contrario, su robusta fe de asturiano, su soledad lejos de los seres queridos, lo acercó más a Dios. Y por este camino llegó a una unión con Él nada común y que no puede menos que sorprender, dadas las circunstancias y el tiempo en que vivió.

Hacía oración mental, ayunaba todos los viernes con el rigor de aquellos tiempos, comulgaba casi diariamente, lo que significaba mucho en esa época en que el decreto de San Pío X para facilitar la comunión diaria estaba todavía muy lejos. No se permitía entonces la comunión frecuente sino a personas de muy probada virtud.

Hay un detalle muy significativo el día en que Rosendo contrajo matrimonio era un viernes. Cualquiera se hubiese dispensado de esa práctica de mortificación voluntaria en un día de tanta fiesta. Pero Rosendo no quiso faltar a su propósito y ese día ayunó como cualquier otro viernes.

* * *

Entonces, por el año de 1880, era vicario de la hacienda un sacerdote virtuoso, el P. Casimiro Rodríguez. Vivía a su lado una hermana suya muy joven, a quien todo el mundo llamó siempre con el diminutivo de Ramoncita.

Y en verdad que merecía ese diminutivo cariñoso. Era de un carácter tan dulce, tan suave, tan apacible, tenía un corazón tan lleno de ternura, que a todos cautivaba. Estas cualidades se completaban con un temple muy varonil como tendremos ocasión de comprobarlo más de una vez. Físicamente era de facciones finas, una morena muy agraciada, como puede comprobarse por una foto de esa época.

Rosendo, el administrador de la hacienda, y Ramoncita, la pequeña hermana del P. Vicario, se conocieron, se amaron con un amor cristiano y unieron su vida con la bendición de Dios. (2)

Rosendo y Ramoncita establecieron un hogar modelo en una casita frente a la casona de la hacienda; un hogar risueño donde todo era dulzura y paz...

"Un patinillo soleado y limpísimo en cuyos corredores lucían macetas cuajadas de geranios, malvas y begonias; estancias modestamente amuebladas con vista a los cuatro corredores; comedor y cocina regularmente abastecidos de todo lo que ha menester la familia.

La casa tenía una grande huerta llena de árboles frutales: duraznos, peras y ciruelas, las frutas de la tierra fría.

Cerca de la huerta se deslizaba mansamente un río; el aire era luminoso y transparente y no se oía sino el eterno murmurar de las aguas. Un poco más lejos el río se precipitaba, torrencial y magnífico, en profundas hondonadas: era el salto de Tepuxtepec".

No puedo menos que recordar "*El Ama*" de Gabriel y Galán, cuando trato de reconstruir la vida de aquellos esposos cristianos:

"La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena..."

El gozo de aquel hogar llegó a su colmo cuando Dios lo bendijo con la bendición de la fecundidad. El 9 de junio de 1891 nació un niño a quien bautizó el P. Casimiro y le puso por nombre Luis Gonzaga María. Sus padres, desde antes de nacer, lo consagraron a la Sma. Virgen.

* * *

Nada faltaba a la felicidad de aquella familia. Pero, ¡qué inescrutables son los designios del Dios! Parece como si se complaciera en destruir la dicha; pero no es sino para reconstruir sobre esas ruinas una felicidad que no es efímera sino eterna.

Apenas tenía 11 días de nacido el niño, cuando una enfermedad imprevista arrebató al padre en la plenitud de su vida, y dejó a una jovencita, viuda; y a un pequeñito, huérfano. ¡Nunca el niño conocerá a su padre!

Ramoncita, con el niño huérfano, volvió a refugiarse al lado de su hermano el P. Vicario. Ella reconcentró los tesoros de ternura de su corazón en su hijo. Su hermano se constituyó padre adoptivo de la criatura y con su afecto, puro y varonil, trató de llenar el hueco que la orfandad dejó en el corazón del niño.

Por eso, cuando empieza a balbucear las primeras palabras, le llamará *"Papá Mirito"*. Y era de ver con qué acento lo llamaba así. Cuando un niño está ante una fruta sabrosísima se le *"hace agua la boca"*. Algo así pasaba cuando Luisito decía: *"¡Papá Mirito! ¡papá Mirito!"*.

Hay una anécdota de ese tiempo que demuestra el cariño entrañable que a Luisito tenía aquel virtuoso sacerdote.

Era *"día de plaza"* en la hacienda, es decir, el día de la semana en que acudían los comerciantes de los alrededores para ofrecer sus mercancías. Entre *"los puestos"*, Luisito vio uno con juguetes y le pidió a su mamá que le comprara uno que le había llamado mucho la atención. Ramoncita, por el temor de ser una carga más pesada para su hermano y para ahorrar todo lo posible, trató de convencer a Luisito que renunciara al juguete porque era muy caro y "papá Mirito" no tenía para comprarlo. Pero el niño se puso a llorar y llorando todavía llegó a su casa.

El P. Casimiro se dio cuenta, y como no podía sufrir que el niño llorara, llamó a Ramoncita y le preguntó la causa. Cuando se la explicó, el Padre le dijo:

No, Ramoncita; al niño, caro o barato hay que comprarle todo lo que desee.

Luisito, que estaba en la pieza contigua, alcanzó a pescar esas palabras y las guardó como un arma invencible.

No tardó en presentarse la ocasión. Pidió que le compraran algo que a Ramoncita no le pareció necesario, y ante su negativa, el niño replicó:

—¡Dijo mi papá Mirito que caro o barato me compraran todo...!

Sin duda que la intención del P. Casimiro no era "*consentir*" al niño, sino de alguna manera aliviar su orfandad, que no sintiera la falta de su padre.

Sin embargo, cuando tenía alrededor de unos 3 años, Ramoncita lo sorprendió acurrucado en un rincón, triste, pensativo... Como esa actitud es tan insólita en un niño, sobre todo en aquel niño tan vivaracho, alegre y juguetón, temió Ramoncita que estuviera enfermo.

—¿Qué tienes Luisito? ¿por qué estás triste? ¿estás enfermo?

Luisito movió la cabeza negativamente. Pero nada podía ocultar a su mamá. Y viéndola con aquella mirada suya tan penetrante, Luisito le dijo con una seriedad prematura.

—Estoy pensando que mi papá Mirito no es mi verdadero papá...

¿Cómo adivinó —pues nadie se lo había dicho— el secreto de su orfandad? Más que la precocidad de su inteligencia, fue la intuición de su corazón la que lo hizo adivinarlo.

* * *

El panorama que contemplamos en los primeros años de nuestra vida tiene un influjo decisivo en nuestra manera de ser. Mons. Martínez tuvo un alma de artista y fue toda su vida un apasionado del campo. Y es que desde niño sus ojos, ávidos de luz, no se saciaban contemplando el paisaje campestre que se le ofrecía por todas partes: aquellos sembradíos de maíz que se extendían hasta perderse de vista; aquellos trigales madurados por el sol de verano, cuyas espigas se meeían agitadas por el viento, como un mar de oro; aquel río —el río Lerma— que corría sin cesar, como la vida, entre las frondas de sabinos seculares... y todo el paisaje cobijado por la comba de un cielo purísimo...

"¡Qué plácido el ambiente
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!"

Más tarde, en sus escritos, se encontrarán reminiscencias de estas primeras impresiones

"Hace tiempo vi correr bajo mis plantas un río caudaloso. Venía de muy lejos: en su largo camino había abierto muchas veces su seno al raudal de sus afluentes y, enriquecido con el tesoro de muchas regiones, se despeñaba impetuoso con sus linfas cristalinas coronadas de espuma, modulando un arrullo misterioso que parecía un lamento, un suspiro, la fórmula de hondo y gigantesco anhelo..." (3)

Y en otro lugar

"Gozaba en mis años mozos trepando a las cumbres de las montañas, ávido de luz y de serenidad, o hundiéndome en el seno de los bosques umbríos, henchidos de misterio. ¡Cuántas veces recostado en una ladera de esmeralda, mirando brillar como un hilo de plata el agua cristalina en lo hondo del barranco y aspirando la fragancia de las sencillas flores montaraces, sentí en mi alma la gigantesca sinfonía de aquella naturaleza magnífica y salvaje! Era indescriptible e inimitable. Diríase que todos los sonidos de las cosas se habían fundido en prodigiosa armonía. Era el ulular del viento en las cimeras de los pinos excelsos; el crujir de los troncos al mecerse; el murmurar misterioso del agua al correr en los barrancos; eran los ecos acompasados del hacha lejana que golpeaba; los cantos sonoros y jubilosos; el zumbido soñoliento de millares de insectos; el ruido misterioso de las hojas muertas sobre las que se arrastraban los reptiles cautelosos; eran otros sonidos múltiples y variados cuyo origen ignoro, cuyo nombre desconozco, pero que sentía en mi alma en la mágica sensibilidad de aquellas dulces horas.

Ninguna disonancia en el himno grandioso; ningún contraste rompía la unidad de aquella sinfonía tan sencilla como majestuosa. ¿Habrá algún genio que pueda encerrar en una fórmula todo lo que dice la naturaleza cuando canta?" (4)

* * *

Pero, si las cosas dejan en nosotros su huella imborrable, con más razón las personas con quienes convivimos. ¿Qué influjo tuvo en la vocación de Mons. Martínez contemplar

día a día la labor ardua, oculta, llena de abnegación, de paciencia, de caridad de un cura del campo? Es el secreto del influjo que ejercen entre sí las almas.

Desde luego, Luisito, que no tenía ni hermanos ni amigos con quienes jugar, se dedicaba a imitar a su "papá Mirito", y caballero en el palo de una escoba, corría desalado de un extremo al otro del patio para oír gravemente la confesión de... ¡un rosal! Otras veces, subido en una silla que le servía de púlpito predicaba a las criadas y, si no estaban con la seriedad y la atención debidas, las reprendía con la vehemencia y el fuego que años más tarde tendría su palabra en los púlpitos de verdad.

* * *

Algunos años después fue preciso dejar a Molinos de Caballero, pues al R. Rodríguez, por sus méritos, lo habían ascendido a párroco de Puruándiro.

Fue una despedida definitiva. Cuando muchos años después Mons. Martínez, ya elevado a la dignidad episcopal, recorría en gira pastoral la arquidiócesis de Morelia, llegó a Molinos de Caballero. Tan grande fue el entusiasmo de sus conterráneos para recibirlo como grande fue la emoción de Mons. al volver a contemplar aquellos lugares preñados de recuerdos de su infancia y donde cada rinconcito tenía una historia.

Los vecinos de Molinos, justamente orgullosos de su obispo, colocaron una placa conmemorativa en la casa donde nació Mons. Martínez.

Pero todo pasa en este mundo; y pocos años después, la moderna agricultura y la electrificación de esa comarca, exigieron que se formara allí una gran presa. Y pronto las aguas cubrieron todo: el viejo caserío, las inmensas llanuras, los valles y hondonadas. Es la gran presa de Tepuxtepec.

Desde entonces Mons., con su gracejo peculiar, cuando le preguntaban por su tierra, contestaba

—¿Mi tierra? ... No tengo tierra, sólo agua...

* * *

Pocos meses duró de párroco, en Puruándiro, el P. Casimiro Rodríguez: la muerte lo arrebató en plena actividad, el 25 de octubre de 1888.

Y de nuevo el luto volvió a envolver a aquellos dos seres desvalidos, la joven viuda y su hijo. Esta vez Luisito,

que contaba ya 7 años, se dio cabal cuenta de su nueva orfandad. No volvería a ver más a "papá Mirito"...; pero el afecto y la gratitud para el que fue segundo padre no se extinguirá jamás en el corazón tan noble de Mons. Martínez, que se distinguió siempre por su fidelidad; todavía el año pasado (1955) no dejará de recordar su memoria, el día 4 de marzo, y no sólo celebrará la misa por el P. Casimiro Rodríguez, sino que, como en los años anteriores, mandará aplicar otras.

Cuando cumplió los últimos deberes con su hermano, Ramoncita tomó a su hijo y se trasladó a Morelia, en 1888, para buscar el amparo de otro hermano suyo, Don Sabino Rodríguez.

Era éste un hombre de una sola pieza, honrado a carta cabal, recto, de un excelente juicio práctico; tenía muy escasas letras, porque siempre había trabajado en el campo. Fue administrador sucesivamente de dos o tres haciendas de los alrededores de Morelia.

Es preciso hacer justicia a Don Sabino. El, sin ostentación, abnegadamente, con el duro trabajo del campo, sostuvo toda la carrera de Mons. Martínez. Más aún, contribuyó en buena parte a formar el carácter de su sobrino, como veremos después.

Tuvo la inmensa satisfacción de verlo sacerdote y de asistir a su primera Misa. Su misión había terminado... Entonces, aquel hombre providencial, asistido en su última enfermedad por Mons. Martínez, se durmió en la paz del Señor con la misma sencillez con que había vivido...

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

---

(1) "*Hacienda*" en México es un latifundio que suele comprender varias rancherías; esa palabra no tiene la misma acepción en América del Sur, donde se llama "*hacienda*" al ganado.

(2) En algunas publicaciones se ha afirmado en estos días que la cuna de Mons. Martínez fue *humildísima*. Esto no sería ningún desdoro; pero no es la verdad. La familia de Mons. Martínez, tanto por parte del padre como por parte de la madre, pertenecía a la clase media.

(3) Discurso en la distribución de premios del Seminario de Morelia, el 27 de septiembre de 1922.

(4) Discurso en la fiesta con que se celebraron las bodas de plata episcopales de Mons. Leopoldo Ruiz. Morelia, 1925.

(5) Estos detalles de la infancia de Mons. Martínez me los refirió, en diversas ocasiones, su mamá. Conocí personalmente a Don Sabino. Murió en mayo de 1915.

OBRAS DEL EXMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO DE MEXICO

EL ESPIRITU SANTO.—4a. edición.—420 págs. .....$ 12.00
Traducido al inglés.
JESUS.—4a. edición.—352 págs. ..... „ 9.50
Traducido al inglés.
VIDA ESPIRITUAL.—3a. edición.—(edición española) ..... „ 12.00
Traducido al inglés.
LA INTIMIDAD CON JESUS.—280 págs. ..... „ 9.50
EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION.—144 págs. ..... „ 5.00
LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO.—238 págs. ..... „ 6.00
SANTA MARIA DE GUADALUPE.—2a. edición, 244 págs. ..... „ 6.00
ALMAS PROCERES.—186 págs. ..... „ 6.00
A PROPOSITO DE UN VIAJE.—3a. edición.—172 págs. ..... „ 6.00
EL SACERDOTE. MISTERIO DE AMOR.—2a. edición (ed. española)... 10.50
EL CAMINO REGIO DEL AMOR.—264 págs. ..... „ 9.50
FRANCISCO BANEGAS GALVAN, historiador, pedagogo, literato.—Discurso de recepción en la Academia de la Lengua.—LA PERSONALIDAD DE MONS. MARTINEZ.—Contestación del Lic. Alejandro Quijano ..... „ 4.50
¡VEN JESUS!... meditaciones para Navidad..... „ 8.25

OBRAS DEL P. J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

LA EUCARISTIA.—7a. edición .....$ 7.25
Traducciones en inglés, francés, italiano y holandés.
CONFIEMOS EN EL.—6a edición ..... „ 8.00
MADRE.—5ª edición ..... „ 7.25
Traducción en holandés.
SENDEROS DE LUZ.—3a. edición ..... „ 9.50
SENDEROS DE PAZ.—2a. edición ..... „ 7.25
SENDEROS DE AMOR.—2a. edición ..... „ 7.25
Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todo los fieles.
LA MUJER.—2a. edición.—Agotada. En prensa.
SI QUIERO, PUEDO SER SANTO.—2a. edición.—234 págs. ..... „ 7.50
HACIA LAS CUMBRES.—3a. edición.—250 págs. y numerosos grabados ..... „ 8.00
EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO ..... „ 5.00
PERFUMES LITURGICOS.—350 págs. ..... „ 9.50
PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD.—278 págs. ..... „ 8.00
ESCONDIDA SENDA.—Páginas sobre la vida religiosa. 266 págs ..... „ 7.50
VIDA.—Reflexiones sobre la vida de la gracia y de la gloria..... „ 5.00
LA HOSTIA SANTA.—2a. edición. Meditaciones sobre la Eucaristía... „ 4.75
REGLAS DE DIRECCION ESPIRITUAL.—2a. edición.—208 págs. ..... „ 9.50
Traducción en inglés.
CONFIANZA.—140 págs. ..... „ 4.75
LA SOLEDAD DE MARIA ..... „ 7.50
VOCACION.—Para orientar a los jóvenes en su vocación..... „ 7.50
LA DIRECCION ESPIRITUAL DE LA MUJER ..... „ 4.50
REFLEXIONES Y EXAMENES PARA EL RETIRO MENSUAL ..... „ 6.75

BIOGRAFIAS

EL P. FELIX DE JESUS.—Semblanzas biográficas del Rvmo. P. Rougier. 280 págs. y numerosos grabados ..... „ 9.50
UN APOSTOL DE LA CRUZ.—Concepción Cabrera de Armida. 330 págs. y 20 grabados fuera de texto ..... „ 9.50
ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA.—2a. edición corregida y aumentada ..... „ 5.50
UN ALMA SACERDOTAL.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera de texto „ 6.00
LA SONRISA DE UN ALMA.—Biografía edificante (agotada).
CLAMOR DE SANGRE.—Biografía de S. Felipe de Jesús y de sus compañeros ..... „ 8.75

TRADUCCIONES

SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD 6.50
MARIA.—Por el P. Philipon 7.50
EL GENIO CREADOR DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor 1.00
EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor..... 6.00
LA VIDA DE UNION CON JESUS SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY 10.00

OPUSCULOS

MANUALITO DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ.—Opúsculo de 72 paginas, caratula a colores, rustica .....$ 2.00
LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ.—Su vida—sus fines—su oportunidad. 3a. edición, numerosos grabados .....$ 3.00
EL SACRAMENTO DE LA UNION CON DIOS.—Instrucciones sobre la Comunión 0.75
EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO.—Instrucciones sobre la Confesión 0.75
BREVE NOTICIA SOBRE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO 2.00
BREVE NOTICIA DE LAS MISIONERAS CATEQUISTAS GUADALUPANAS.—Numerosos grabados 2.00
¡YO LA MATE...! Drama en 5 actos. 3a. edicion 2.50
DOS NAVIDADES. Drama en 7 cuadros. 2a. edición 0.60
NUEVO METODO PARA REZAR EL SANTO ROSARIO. ..... $ 0.25 ejemplar; ciento.. 20.00
VIA-CRUCIS.—Edición artística y de lujo. $ 1.25 ejemplar; ciento.. 87.50
VISITAS AL SAGRARIO.—4a edición..... $ 0.70 ejemplar; ciento.. 56.00

MUSICA RELIGIOSA

DUERME NO FLORES.—3a. edicion. Villancico, letra y música..... 0.60
TRILUDIO GUADALUPANO.—3 canticos populares 2.50
SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ..... 2.50

Obras de la Sra. C.C. de Armida:

ANTE EL ALTAR — ROSAS Y ESPINAS — HORAS SANTAS — ¿QUIEN SERA EL? — CHISPITAS DE AMOR — VISITAS A JESUS SACRAMENTADO — VIDA DE AMOR.

Empastados en tela, $ 9.00. (Rosas y Espinas, $ 10.00 y Vida de Amor, $ 2.00.)

LOS DESIGNIOS DE DIOS vistos a través de "**El Condenado por desconfiado** y otras comedias espanolas. Por el P. José Ma. Gallegos Rocafull. 304 páginas, esmerada impresión, $ 15.00.

Editorial LA CRUZ. — Ciprés 59. — Apart. 1580.

Apostolado Litúrgico de los Misioneros del Espíritu Santo

Ofrecemos a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y fieles, todo lo relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos sagrados, misales, breviarios, liber usualis, misales de Dom Lefebvre para los fieles y demás libros litúrgicos.

Esta obra no tiene ninguna relación con otra que ha tomado el mismo nombre. Pida informes al Apartado 1580. México 1, D. F., o personalmente en

Madero 42 - 31

Novedades:

"¡VEN, JESUS!"

Meditaciones para prepararse a la fiesta de Navidad, por el Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo Primado de México.

Un volumen de 21 x 14 cms., con varios grabados y 120 págs.: $ 8.25, rústica.

Acaba de aparecer la 5ª edición de

"MADRE"

por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.
Hermosa carátula a colores, $ 7.25 rústica

"CLAMOR DE SANGRE"

Ensayo sobre la vida y martirio de San Felipe de Jesús, de sus compañeros y de los principales mártires del Japón, por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.

Un volumen de 21 x 14 cms., 174 págs., $ 8.75 rústica.

"VIDA DE AMOR CON JESUS SEGUN LA ESPIRITUALIDAD DE MONS. GAY"

Trata de los principios, de las condiciones y de la práctica de la unión con Jesús, con citas de las obras de Mons. Gay. Arreglo y versión del P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.

Un grueso volumen de 14 x 21 cms. y 340 páginas, $ 10.00 rústica.

"EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX"

por el R.P M. M. PHILIPON, O.P., versión autorizada del P. J. Treviño, M.Sp.S.

Un volumen de 21 x 14 cms., 128 páginas, $ 6.00 rústica.

MANUALITO DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ

por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S. Es un edición enteramente nueva que da a conocer el espíritu del Apostolado de la Cruz.

Opúsculo de 72 páginas, carátula a colores, $ 2.50 rústica.

Administración de "LA CRUZ"

APARTADO 1580. MEXICO 1, D. F.

Imprenta Aldina - Huatabampo 50. - México 7, D. F.

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01470 5893